

Salvador Cardús i Ros

Lo que no va a suceder

Voy a demostrar por qué creo que no tengo madera de político profesional. Si en estos momentos tuviera la máxima responsabilidad en la dirección de un partido político, me lanzaría al vacío haciendo absolutamente transparentes las cuentas, contando con todo lujo de detalles las fuentes de financiación y los mecanismos —formales, informales, incluso los poco confesables— a los que se recurre, la naturaleza de los gastos, los sueldos del personal profesionalizado así como la dedicación al partido de los cargos públicos pagados por la propia administración. También, por supuesto, detallaría las relaciones con empresas públicas en las que se tiene influencia y con las entidades financieras con las que se tienen contraídos compromisos crediticios o de otro tipo. Lógicamente, daría cuenta de cuántos militantes estarían al día del pago de las cuotas, de los gastos sueltos y de representación y de los costes de imagen y comunicación. Finalmente, intentaría dar cuenta de los vínculos directos e indirectos con otras organizaciones, particularmente con los medios de comunicación —periodistas con carnet del partido— y con organismos públicos de todo tipo —incluidos, claro está, los cargos universitarios bajo control—, detallando los representantes del partido puestos en los consejos de todo tipo de organizaciones públicas y privadas, tales como sindicatos, consejos técnicos y asesores o medios públicos de comunicación. Posiblemente olvido algún otro aspecto que debería hacer constar en tal declaración pública, pero con lo dicho, creo que el lector ya puede hacerse una idea de la intención de fondo.

Lo más curioso del caso es que lo que querría hacer transparente es un tipo de información que la mayor parte de las organizaciones ya deben declarar. Particularmente, los organismos públicos están sujetos a la máxima transparencia y publicidad de sus cuentas —pienso, por ejemplo, en mi universidad—, pero también las empresas privadas dan cuenta de sus movimientos contables con todo lujo de detalles a la administración pública. Soy consciente de que entre la información que he indicado al princi-

pio hay datos que no suelen constar en una auditoría normal. Pero por la naturaleza de un partido político, creo que sí debería hacerse constar también aquellos vínculos que le permiten controlar o influir en el entramado social.

Las consecuencias de poner a la vista de todo el mundo lo que es la realidad de un partido político serían múltiples. Por una parte, el maremoto que se produciría, obligaría a los demás partidos a proceder a una operación similar para no quedar como sospechosos de ocultar información poco honorable. La catarsis política sería monumental. En segundo lugar, una actuación responsable obligaría a revisar las formas de organización y a proponer alternativas. Habría que buscar soluciones válidas para, a partir de aquel momento, seguir adelante con otras reglas. Finalmente, debería revisarse de arriba abajo las formas de relación de la administración

pública con la sociedad política, particularmente en los casos que viene mediada por los partidos políticos. Actualmente existe una presencia exagerada de la administración pública en la sociedad civil que tiene poco que ver con el Estado de bienestar y mucho con el control político y puramente burocrático de la misma. He escrito en alguna otra ocasión que los partidos han desarrollado maquinarias tan desproporcionadas en relación con la que debería ser su función principal que, después de revisar su eficiencia y capacidad para atraer a la excelencia —tal como los gobiernos suelen exigir a las empresas o a las universidades— deberían aplicarse un ERE y reducir sus estructuras hasta lo necesario. Pero lo mismo debería hacerse en la propia administración pública. El tiempo que se pierde en solucionar los problemas que ella misma crea por la desmesura de su tamaño da cuenta de sobras de la baja productividad de nuestro sistema productivo. Como aquel aleteo de la mariposa que llega a provocar un temporal en el hemisferio opuesto de la Tierra, creo que, efectivamente, con un solo partido que se atreviera a hacer el gesto, todo lo demás llegaría por añadidura.

Entiendo que el riesgo de tal "operación transparencia" sería enorme. Por una parte, por si tratando de evitar el cataclismo, me quedara solo en el intento. Por otra parte, por las múltiples ramificaciones que se producirían, dejando al descubierto no solo a los intereses del propio partido, sino a los de quien, en sentido contrario, se hubiera acercado al partido buscando su capacidad de influencia en los gobiernos y en las negociaciones legislativas o en los presupuestos para provecho propio. En cualquier caso, una "operación transparencia" no debería confundirse ni con un "tirar de la manta" como si lo oculto fuera necesariamente ilegítimo, ni con el recurso al "ventilador" para enmarañar todo. Justo al contrario, y aunque aparecieran aspectos discutibles, de lo que se trataría es de hacer posible la recuperación de la confianza en la política para facilitar el control de la acción política por parte de los ciudadanos. Así de simple, así de claro, así de peligroso. ¿No es cierto que ahora comprenden por qué no tengo madera para la política?●



JORDI BARBA

salvador.cardus@uab.cat

Màrius Carol



El calendario desnaturalizado

Zygmunt Bauman asegura que el mundo avanza (es un decir) hacia un escenario donde la novedad se impone a la tradición, el diletantismo a las convicciones, el olvido sobre la memoria. El Consell Escolar de Catalunya parece decidido a hacer su aportación a ese pensamiento líquido que conduce al delta de la inanidad. Su ocurrencia de eliminar las referencias religiosas en la nomenclatura del calendario escolar es una manera de desnaturalizarlo. Así, por ejemplo, las fiestas de Navidad quieren que pasen a denominarse vacaciones de invierno y los días festivos de Semana Santa, vacaciones de primavera, lo que no es un ejercicio de laicismo o de multiculturalidad, sino de insensatez. Un par de escuelas públicas barcelonesas se han lanzado a la piscina por su cuenta y riesgo y han decidido no llamar a las cosas por su nombre, claramente arraigado en la tradición, sino por las estaciones en que se enmarcan.

Afortunadamente, en este país no todos nuestros dirigentes han perdido el oremus (perdónenme por una expresión de raíces religiosas) y el conse-

El conseller Maragall se niega a cambiar la denominación de las vacaciones escolares

ller de Educació, Ernest Maragall, ha dicho con rotundidad en *El món a RAC1* que, a pesar de que la sociedad catalana es laica, no tiene sentido renegar de la tradición o la historia. Maragall entiende, con buen criterio, que nadie está forzado a creer ni a participar en nada que no se corresponda con sus convicciones, pero Catalunya tiene unas pautas culturales de las que no hay que abominar por el hecho de que en los últimos años hayan llegado gentes de otras tradiciones distintas a las nuestras.

El asunto es tan claro que sorprende que haya que darle vueltas. El conseller ha asegurado que no tiene la más mínima intención de cambiar los nombres de los periodos vacacionales, entre otras cosas para no hacer el ridículo, porque podría darse el caso de que se quisiera intervenir sobre algo que la realidad cotidiana mantendría en sus mismos términos. "Más vale que las formas y la realidad estén tan de acuerdo como sea posible", concluyó Maragall, quien ha cortado de cuajo una polémica que puede demostrar buena fe (otra vez un término religioso, disculpen), pero sobre todo un desconocimiento de cómo abordar los retos de la diversidad cultural.

El planteamiento del Consell Escolar de Catalunya resulta de un paternalismo que molesta. Llamarle Navidad a la Navidad no supone ningún tipo de fanatismo, sino una manera de manifestarnos colectivamente durante determinadas fechas que forman parte de la cultura, de la tradición y de la historia. Nadie puede sentirse ofendido por ello, como tampoco tendría sentido transformar la feria de Santa Lúcia en un mercado de mermeladas, para que las figuritas de pesebre no agravien a alguien y tampoco se trata de que se arme el belén (*sorry*, de nuevo el lenguaje me jugó una mala pasada) en fiestas tan señaladas.●

Jordi Llavina

Nace un escritor

En ocasiones, de tarde en tarde, de vez en cuando, alguna historia acaba bien. Acaba y empieza bien, puesto que la que les voy a contar no es más que un principio muy esperanzador. Lo pienso mientras me protejo de la lluvia en una cafetería de Montblanc, bajo los soportales de la plaza Mayor, y acaricio las cubiertas del libro que terminé de leer hace sólo unas horas: *Fin*, de David Monteagudo.

El 18 de febrero del año en curso publiqué aquí mismo un artículo titulado "El escritor inédito". Hablaba de un autor que había colocado varios manuscritos en la mesa de una conocida agencia editorial. Comían polvo, nada más (o se lo hacían comer al chupatintas de turno). Algunos mediadores tendrán manos de Fátima, pero menos ojo clínico que un ciclope tuer-

to. En fin, el talento siempre (o casi siempre) acaba por triunfar.

Ese artículo interesó nada menos que a Jaume Vallcorba. Algunos originales del escritor inédito también habían recalado en Muntaner, 462. Pero, llevado por la potencia de su escritura o adormecido por los fantasmas de sus personajes, el escritor inédito había olvidado grapar un trozo de papel a sus manuscritos con unas pocas referencias personales: no había en ellos siquiera un teléfono al que llamar.

El editor Vallcorba ató cabos sueltos, y se dio cuenta de que ese fenómeno literario que había llamado incógnitamente a su puerta, solidario nominal del autor de *El Lazarillo*, era el mismo que yo elogiaba en mi columna. Con una llamada se deshielo el entuerto y se puso en marcha la maquinaria. La primera novela de Monteagudo

apareció hace unos días en Acanaladó y lleva por título *Fin*. Es muy buena.

Un grupo de nueve amigos de cuarenta y tantos años deciden volver a reunirse, veinticinco años después. Se citan en un desapacible refugio montañoso. Llegan todos salvo el inquietante Profeta, a quien se la hicieron muy gorda tantos años atrás. De repente, uno de la pandilla desaparece para no volver. Es sólo el principio. *Fin* es una novela psicológica armada en una carcasa de novela de terror y hasta de ciencia ficción. Aterra y conmueve. Ecos de Rulfo y de *El Jarama* de Sánchez Ferlosio. Describiendo una acción pavorosa, Monteagudo desmenuza nuestros pequeños terrores cotidianos. ¡Qué amasijo de sombras y oscuras obsesiones, qué buena mano para los personajes! Literatura mayúscula. ¡En el *Fin* está el inicio!●